

do por los diversos gobiernos de aquel país en las angustias del erario. Don Santiago Vidaurri, deseando saber el efecto que había producido en el público el préstamo á que se había obligado á las personas de algun capital, citó á los redactores de los periódicos para escuchar la opinion de ellos. Reunidos el 2 de Abril en uno de los salones de palacio, Don Santiago Vidaurri les manifestó la necesidad que el gobierno había tenido de recurrir por de pronto al expresado préstamo forzoso, y les suplicó que expusieran con franqueza su opinion sobre el paso dado.

1867. Entonces el redactor en jefe de *El Cronista*  
Abril. *de Méjico*, hombre sincero y que no podía transigir con ningun acto injusto, dijo: «que reconocía el derecho que todo gobierno tenía de recurrir en los casos muy extremos y angustiosos, á medidas tambien extremas; pero que éstas medidas no debían llevar nunca el sello de la injusticia ni del despotismo; que comprendía que el gobierno imperial, no pudiendo recibir nada de los productos de la aduana marítima de Veracruz, única que poseía, por estar sitiada la ciudad de Puebla y en poder de las fuerzas republicanas todos los caminos y pueblos desde aquel puerto, se veía en la dura necesidad de exigir de los ricos particulares residentes en la capital las sumas de dinero indispensables para sostenerse; pero que, en su concepto, se había señalado á la mayor parte de los individuos la entrega de una cantidad muy superior á la que podían dar, cosa opuesta á la equidad; que esto había parecido mal al público; pero lo que más tenía disgustado á éste era el rigor con que eran tratados los que se resistían á entregar la suma que se les había señalado.»

Habiendo los demás periodistas manifestado estar de acuerdo con lo expuesto por el redactor de *El Cronista de Méjico*, Don Santiago Vidaurri dijo: «Ya se le ha dicho al general Don Tomas O' Horán, que es el que tiene á su cargo hacer efectivo el préstamo, que use de más templanza, y se le volverá á decir lo mismo. Por lo demás se está tratando de crear recursos de una manera la más conveniente. El préstamo forzoso ha sido una medida nacida de la necesidad de enviar sin tardanza dinero al emperador para su ejército: ayer se le enviaron cien mil duros en libranzas; y una vez de vuelta el general Marquez á la capital con la guarnicion de Puebla, que era indispensable auxiliar, destruidas las tropas de Don Porfirio Diaz que la sitían; aumentado el número de fuerzas, y dejando á Méjico guarnecido de suficientes tropas, se irá en auxilio de Querétaro con seguridad de buen éxito para la causa del imperio.»

1867. Entre tanto que los que estaban al frente  
Abril. del gobierno en la capital luchando con las dificultades de crear recursos, esperaban recibir muy en breve noticias lisonjeras respecto de la expedicion del general Don Leonardo Marquez, éste se había encontrado en su marcha con obstáculos poderosos. Desde el momento que salió de la capital el día 30 de Marzo, despachó diversos correos al general Don Manuel Noriega que defendía la plaza de Puebla, dándole aviso de su marcha, á fin de que se sostuviera en ella hasta su llegada.

Dos caminos hay que conducen de Méjico á Puebla; el que atraviesa las montañas de Río frío, y el de los Llanos de Apam. El primero tiene veintinueve leguas, y es

el más corto; pero en cambio presentaba á los republicanos excelentes puntos para impedir el paso á sus contrarios, y además lo habían obstruido en varias partes, aglomerando en determinados sitios numeros árboles que cortaron á fin de que no pudiese obrar la caballería imperialista de que se componía la mitad de la division. En consecuencia el general Don Leonardo Marquez tomó el de los Llanos de Apam en que se podía hacer uso de la caballería de una manera ventajosa. La noche del 30 la pasó la columna imperialista en los siguientes puntos: La primera brigada de infantería en Tulpetlac, y las demás tropas en San Cristóbal Ecatepec, de donde desalojaron á una fuerza republicana que se ocupaba en destruir una parte del dique para anegar el terreno que debían atravesar los imperialistas. El día 31 la division llegó á Otumba, enviando el general Marquez nuevos espías que le diesen noticia del estado que guardaba el ejército sitiador. El día 1.º de Abril la columna imperialista llegó á la hacienda de San Lorenzo, donde pernoctó; y el siguiente día 2 hizo la jornada á la hacienda de Soltepec, donde llegó á pasar la noche. Aquí es donde recibió una alarmante noticia. Se le dijo que las fuerzas republicanas se habían apoderado de la ciudad de Puebla, y que la guarnicion imperialista se había concentrado en los cerros de Loreto y Guadalupe en que se hallan los fuertes que la dominan. Siguiendo la division la marcha emprendida, acampó el día 3 en la hacienda de Guadalupe, ocupando las alturas inmediatas. En este punto se detuvo el general Marquez

1867. dos días, en espera de algun aviso de los sitiados, para obrar con acierto; pero no ha-  
Abril.

biendo recibido ninguna noticia, ni vuelto uno solo de los correos que había enviado, reunió á los principales jefes para consultar si se debía continuar la marcha hácia Puebla ó retirarse á Méjico. El cuerpo de húsares marchó á Huamantla con objeto de adquirir nuevas respecto á lo que había acontecido en la ciudad sitiada. El 4 emprendió la columna imperialista su marcha para la hacienda de San Diego del Notario; y el día 6, á una legua de ésta, las fuerzas republicanas, en número de dos mil hombres se presentaron á retaguardia de la division imperialista, formadas en tres columnas. El general Don Leonardo Marquez hizo que contramarcharan sus tropas hácia la hacienda de San Diego; organizó inmediatamente una columna, compuesta de los regimientos de la frontera y gendarmes, y poniéndose á la cabeza de ella, atacó con extraordinario ímpetu la columna republicana de la derecha, que no pudiendo resistir su empuje, se retiró en desórden. La columna del centro, así como la de la izquierda, al presenciar aquel descalabro y recibir el certero fuego de la artillería imperialista, se vieron obligados á retirarse.

Por los prisioneros hechos en esta accion, supo el general Marquez que la ciudad de Puebla, así como los cerros de Guadalupe y Loreto habían caído en poder de las tropas republicanas que mandaba el general D. Porfirio Diaz. Ya no era posible dudar; y, con efecto, el hecho era cierto. Desde el momento en que D. Porfirio Diaz supo que D. Leonardo Marquez iba en auxilio de la plaza, se propuso tomarla á todo trance antes de que llegase. La ciudad llevaba ya veintisiete días de sitio, en los que desde

el general D. Manuel Noriega que la defendía, hasta el último soldado, se habían conducido como cumple á pundonorosos militares. La corta guarnicion, mermada considerablemente por las balas y extraordinariamente fatigada por los continuos combates y el incesante servicio, apenas podía atender á los diversos puntos amenazados. Los sitiadores, horadando las casas, habían logrado situarse á pocas varas de distancia de los sitiados. La proximidad hacía fácil un asalto de parte de los primeros. D. Porfirio Diaz resolvió darlo. Tomadas sus disposiciones y preparadas sus columnas, atacó la ciudad con imponderable ímpetu por cuatro puntos el día 2 de 1867. Abril. Los asaltantes se arrojaron sobre las próximas trincheras de sus contrarios con imponderable brío, que fueron defendidas con no menos denuedo. La muerte recorría las filas de uno y otro campo. El general D. Porfirio Diaz y D. Juan José Baz que le acompañaba, estuvieron á punto de perecer, pues quedaron sepultados por algunos momentos bajo los escombros de un techo que desplomó una bomba arrojada por los sitiadores. La lucha era tenaz y sangrienta. D. Porfirio Diaz, alentando á sus soldados con el ejemplo y la palabra, se presentaba en los sitios de más peligro. Por fin los asaltantes lograron romper la línea atrincherada de la plaza y hacer prisioneros á los que defendían aquel punto. Los jefes y oficiales imperialistas allí cogidos, que ascendían á diez y ocho, fueron fusilados, mientras en otros puntos continuaba la lucha con extraordinario ardor. Uno de los fusilados fué el general D. Hermenegildo Carrillo; el mismo que habiendo combatido contra el imperio mientras estuvieron los fran-

ceses, abrazó la causa imperialista cuando se alejaron, creyendo amenazada la independencia del país por los norte-americanos que se mostraban protectores de Don Benito Juarez.

Tomada la trinchera por los asaltantes, continuaron avanzando, aunque sufriendo un terrible fuego de los imperialistas. Sin embargo no era posible que los sitiados pudieran resistir por más tiempo el empuje de sus contrarios en las calles, y se concentraron en los fuertes situados en los cerros de Loreto y Guadalupe, quedando los republicanos dueños de la ciudad. Dos días despues, el 4 de Abril, careciendo de víveres para sostenerse, y no habiendo recibido el general D. Manuel Noriega ninguno de los avisos que le había enviado D. Leonardo Marquez, se vió precisado á capitular, quedando así dueño D. Porfirio Diaz de los dos fuertes, y en su poder la fuerza imperialista, en calidad de prisionera.

1867. Abril. No se manifiesta justo el príncipe de Salm al asentarse que el triunfo lo debió Don Porfirio Diaz á que le fué entregada por el general Don Manuel Noriega una de las puertas de la ciudad. Es sensible ver que se arroja sin piedad una mancha sobre hombres verdaderamente honrados, que han mantenido siempre limpio su nombre y que han cumplido sagradamente con sus deberes. Es desconsolador ver que en obras que pueden ser consultadas por algunos para escribir la historia, campeen más las pasiones que la verdad; más las prevenciones de algunos escritores extranjeros contra los hijos de aquel país, que la sinceridad. Desgraciadamente esas obras en vez de conducir al historiador que las con-

sulta, al descubrimiento de la verdad que busca con empeño, le llevan al error.

La toma de la ciudad de Puebla fué debida á la fuerza de las armas. La defensa hecha por su guarnicion, fué digna; y el general D. Manuel Noriega prolongó su defensa hasta donde no era posible prolongarla más. Los mismos que asaltaron la plaza, ponderaron el esfuerzo con que fué defendida. El general D. Faustino Vazquez Aldana manifiesta el valor con que los imperialistas resistieron el asalto del día 2 de Abril, en un comunicado que publicaron los periódicos, en el cual se propuso vindicar al general D. Porfirio Diaz de las censuras que en una parte del público se escuchaban por los fusilamientos verificados al tomar la línea y que se hacía subir á una cifra mucho mayor. «No pasaron de diez y ocho,» dice, «las ejecuciones llevadas á cabo en el calor del combate al romper la línea atrincherada de la plaza, cuando el enemigo aún se batía enérgicamente en los puntos más fuertes, y no era posible poner á los prisioneros en lugar seguro.»

Tomada la ciudad de Puebla y los fuertes de Loreto y Guadalupe, el general D. Porfirio Diaz pudo disponer de las numerosas fuerzas que tenía para operar contra la division con que había salido en auxilio de los sitiados el

1867. general D. Leonardo Marquez. Este, al saber  
Abril. que la plaza había sucumbido, decidió regresar á la capital, emprendiendo desde luego su movimiento de retroceso. Al llegar á las tres de la tarde del 6 á la hacienda de Tochac, una fuerza de tres mil hombres de caballería que formaban la vanguardia del ejército de Don

Porfirio Diaz, se presentó á batir á los imperialistas, trabándose inmediatamente una reñida accion. Los húsares austriacos, al mando del coronel Kodolich, así como los ginetes de la frontera, á las órdenes del coronel D. Julian Quiroga, dieron una terrible carga que destrozó la primera línea de los republicanos. Estos, despues de haberse batido con valor, se vieron precisados á retirarse, despues de haber sufrido sensibles pérdidas. Llamó mucho la atencion en esta accion de armas, una fuerza imperialista de veinte hombres del 14.º batallon de línea, encargada de defender el paso de una barranca, luchando contra fuerzas muy superiores en número.

La noche del 7 de Abril, las tropas del imperio durmieron en la hacienda de la Luz; y el 8, la division continuó su retirada con direccion á la capital. La vanguardia, que iba á distancia de media legua del grueso de la columna, y se componía de los cuerpos de gendarmes, cazadores, compañía de ingenieros y un piquete de artilleros con dos obuses de montaña, se encontró al llegar á la hacienda de la Noria con una fuerza republicana de mil quinientos hombres de infantería y caballería, á las órdenes del coronel D. Jesús Lalanne, que se había situado allí con objeto de detener por el frente la marcha de los imperialistas, mientras llegaba con sus tropas D. Porfirio Diaz y atacaba por la retaguardia. El coronel Lalanne era uno de los jefes que había recibido orden del general D. Mariano Escobedo, que sitiaba á Querétaro, de que molestara de cuantos modos le fuera posible, al general Marquez si salía de la capital. Cumpliendo con las instrucciones recibidas, se puso en marcha el 3 de Abril

desde Tepeji del Río, y se dirigió en auxilio de D. Porfirio Diaz. Su caballería, al llegar la vanguardia de la division de D. Leonardo Marquez á la referida hacienda de la Noria, de retirada hácia Méjico, salió á su encuentro. El coronel conde de Wickenburg, que tenía á sus órdenes los gendarmes y los cazadores de á caballo, avanzó á su vez sobre los ginetes republicanos, y se trabó un sério combate. La carga dada por los imperialistas fué terrible, y no pudiendo resistir su choque la caballería republicana, retrocedió en algun desórden. El fuego hecho por los artilleros con los dos obuses de montaña y el lanzado por la compañía de ingenieros protegiendo á los ginetes imperialistas, acabó de destrozar á la caballería del coronel D. Jesús Lalanne. Pocos momentos despues llegó el general D. Leonardo Marquez, y atacando con el resto de las tropas á la infantería republicana, esta se vió derrotada por el batallon Fijo de Méjico, y los regimientos de la frontera, 5.º de caballería y compañía de ingenieros.

Pasaron de ciento los prisioneros hechos por los imperialistas en esta accion, y muchos de los oficiales republicanos temían ser fusilados en represalia de los jefes imperialistas que habian sido pasados por las armas en Puebla; pero afortunadamente no fué así. El emperador no quería que se vertiese sangre despues del combate, y la vida de los prisioneros estaba segura.

Terminada la accion, el general D. Leonardo Marquez continuó su marcha con su division, y á las once y media del mismo día 8 llegó á la hacienda de San Lorenzo, siendo su vanguardia tiroteada por algunas partidas re-

publicanas, pertenecientes á las tropas del coronel don Jesús Lalanne. El objeto de este valiente jefe republicano que se habia distinguido notablemente en la defensa de Puebla cuando en 1863 fué sitiada por Forey, era detener á las tropas imperialistas en su retirada, para dar tiempo á que D. Porfirio Diaz llegase por la retaguardia con las suyas.

1867. Dos horas despues de haber llegado la division de D. Leonardo Marquez á la expresada hacienda de San Lorenzo, esto es, como á la una y media de la tarde, se presentó á la vista de la fuerza imperialista el ejército republicano en número de ocho mil hombres. Don Leonardo Marquez formó inmediatamente en batalla sus tropas de infantería, apoyando las alas con la caballería, y esperó el ataque, poniéndose en actitud de defensa. El ejército republicano, que esperaba más número de fuerzas que debían llegar de un momento á otro, se mantuvo quieto, concretándose únicamente á disparar algunos cañonazos que eran correspondidos por la artillería de sus contrarios. Entre las fuerzas que D. Porfirio esperaba para atacar á los imperialistas se hallaban los cuatro mil hombres de caballería que el general don Mariano Escobedo que sitiaba á Querétaro, había enviado con el general Guadarrama para impedir que D. Leonardo Marquez marchase en auxilio del emperador.

La noche llegó sin que se hubiese verificado movimiento alguno en uno y otro campo. D. Leonardo Marquez, que esperaba, como había motivo para creerlo, que al amanecer del siguiente día 9 sería atacado, levantó durante la noche algunas ligeras fortificaciones, y aguardó,

con suma vigilancia la luz del nuevo sol. Cuando éste empezó á brillar, el ejército republicano continuaba enfrente de los imperialistas, quieto, sin tomar la iniciativa, sin más diferencia que el haber variado la posición del día anterior, extendiendo su línea de batalla, y adelantando ambas alas sobre los flancos de la división de D. Leonardo Marquez. Así pasaron las horas de la mañana, sin más novedad, de vez en cuando, que el tiroteo entre algunas guerrillas de los puntos avanzados y algunos disparos de la artillería.

Entre tanto, el general republicano Guadarrama, al frente de sus cuatro mil ginetes, se dirigía hácia el sitio

1867.

Abril.

en que debía verificarse el combate. El mismo día 9 recibió en el camino una orden del general D. Porfirio Diaz para que avanzase y se situara al Occidente de la hacienda de San Lorenzo, pues el ataque se daría al amanecer del 10. Cumpliendo el general Guadarrama con las instrucciones recibidas, ocupó á las siete de la tarde el punto que se le había indicado, avanzando á Santa Bárbara la fuerza del coronel don Jesús Lalanne.

La manera con que se habían situado desde la mañana, las tropas republicanas, hacía sospechar que el objeto de ellas era cercar á los imperialistas. Esta sospecha tomó casi el carácter de evidencia, cuando hácia las tres de la tarde, notó el general D. Leonardo Marquez que una columna republicana, de las tres armas, se situó en una pequeña eminencia que estaba á tiro de cañon, á la espalda de la hacienda de San Lorenzo, y supo que unos seiscientos ginetes, también republicanos, habían ocupado un

punto del camino que conduce á Méjico por Otumba.

En vista de esto y de que era imprudente emprender un ataque con su corta división contra las fuerzas republicanas que ascendían á catorce mil hombres, situadas en posiciones ventajosas, resolvió continuar la marcha hácia la capital, aunque cambiando de ruta para tomar el camino que conduce por Texcoco á Méjico. Tomada esta determinación, hizo que saliera á media noche el coronel conde de Wickenburg con una compañía de húsares, con objeto de que practicase un reconocimiento del camino que tenía que seguirse. El resto del regimiento de húsares seguía á la expresada compañía á conveniente distancia.

Era la una de la mañana del 10 cuando el coronel conde de Wickenburg llegó con su compañía á una barranca con que no se esperaba encontrar. No obstante aquella dificultad, el coronel Wickenburg avanzó con su compañía. De repente recibió un nutrido fuego de fusilería hecho desde la orilla opuesta por los republicanos, que le

1867.

Abril.

obligó á descender al fondo de la barranca con sus ginetes en la mayor confusión, aunque sin perder el valor. El conde de Wickenburg formó inmediatamente á sus húsares, y poniéndose á la cabeza de la compañía con el capitán Kulmer, trepó resueltamente el declive opuesto de la barranca, y, cubierto por la oscuridad de la noche, logró abrirse paso por entre sus contrarios, y tomando el camino de Texcoco, llegar á Méjico á las tres de la mañana del día 10.

El teniente coronel Kevenhüller, que iba con el resto del regimiento de húsares á cierta distancia, al ver lo